



LA  
MALDICIÓN  
VENECIANA

Janine Wilk

Para Sean.  
Por tu valor, tu risa contagiosa y tu alegría de vivir,  
me has enseñado lo fácil que es ser feliz.  
Una vida sin tí sería como un cielo sin estrellas.



Título original: *Die Schattenträumerin*

Dirección editorial: Elsa Aguiar  
Coordinación editorial: Teresa Tellechea  
Traducción del alemán: Alejandra Freund

© del texto: Janine Wilk, 2012  
© Thienemann Verlag, 2012  
© Ediciones SM, 2014  
Impresores, 2  
Urbanización Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE  
Tel.: 902 121 323  
Fax: 902 241 222  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Capítulo 1





Venecia, 18 de mayo de 1618

Raffaele abrió los ojos, asustado. Una mano le tapaba la boca con tanta fuerza que apenas podía respirar. Parpadeó para intentar ver algo, pero la oscuridad lo rodeaba.

¿Dónde se encontraba? ¿Por qué no estaba en su casa, acostado en la cama? Intentó librarse de la mano y comenzó a patear.

—¡Estate quieto, idiota! Viene alguien —le susurró una voz al oído. Un suave aliento le acarició la mejilla. ¡Sofía!

Por fin recordó los sucesos de la tarde anterior: ¡claro, por primera vez en su vida había hecho algo ilegal! Solo de pensar en ello, se ponía malo. ¿Qué le había pasado? ¿Realmente había sido tan imprudente?

Sofía retiró la mano de su cara.

—¿Es un guardia? —murmuró.

Aguzó el oído en la oscuridad. Venecia estaba sumida en un profundo sueño. Resultaba difícil creer que solo pocas horas antes se había celebrado una fiesta en honor del nuevo dux, Antonio Priuli. Los dos niños se habían pasado toda la tarde corriendo por las callejuelas, en busca de nuevas atracciones. Habían observado fascinados las actuaciones de artistas y saltimbanquis, bebido zumo de limón azucarado, birlado miel de un puesto turco y escuchado a los músicos que tocaban en las plazas para los que quisieran bailar. Cuando cerraba los ojos, Raffaele todavía podía oír las alegres melodías y las risas de la gente.

El silencio que los envolvía le hacía sentir incómodo. Temblaba. Era una noche extremadamente fría para aquella época del año y le daba la sensación de que su ropa estaba húmeda. Sofía y él se habían retirado a un callejón apartado para dormir tras la fiesta. Era todo menos cómodo. Entre la basura y los escombros, las ratas corrían, cazaban y chillaban. Algún ejemplar especialmente valiente había llegado a acercarse a los niños para morderles la ropa. A Raffaele le sorprendió que, a pesar del asco que le daban esos animales, se hubiera conseguido dormir.

Aparte del sonido del agua golpeando los muros con un ritmo constante, no se oía nada. Y...

Raffaele contuvo la respiración. Ahí había algo más. Se oían pasos lentos por la estrecha calleja que pasaba por delante de su escondite. Además, se oía una respiración profunda y agonizante, que no parecía humana. ¡Alguien se acercaba!

Raffaele se mordió los labios.

«¡Por favor, que no sea un guardia!», pensó, presa del pánico. ¿Por qué no se había ido a casa cuando sonó la campana de la Marangona en la plaza del mercado?

Pero Sofía, la atrevida huérfana, le propuso que fueran a ver una representación del famoso titiritero Marcelo Sforza. Le había asegurado que los muñecos se deslizaban por el escenario de forma tan realista que corría el rumor de que Marcelo había hecho un trato con el diablo. Justo entonces había sonado la campana. Para él era la señal de que debía volver al gueto antes de que los guardias cristianos cerrasen las puertas, como siempre, al caer el sol. Sofía le había dirigido una sonrisa dulce, que nunca antes había visto en ella, y le había preguntado, decepcionada:

—¿No puedes quedarte todavía un poco más?

Raffaele había asentido y le había devuelto la mirada, apartando de sus pensamientos las posibles consecuencias de su decisión.

¡Los pasos se acercaban!

Raffaele no quería ni imaginarse lo que sería de él si los guardias lo encontraban. Incluso aunque fuesen benevolentes y no lo metiesen en la cárcel, en casa su padre le echaría la bronca de su vida.

Instintivamente, cubrió con la mano el círculo amarillo que llevaba en la chaqueta y que le identificaba como judío. Ese símbolo mostraría a todos los que se cruzasen con él que había ignorado el toque de queda. La tarde anterior se había quitado la chaqueta y la había llevado doblada bajo el brazo, pero para eso ya no quedaba tiempo.

Raffaele se obligó a respirar profundamente para calmarse. Entonces se dio cuenta de que no se oían los pasos seguros y firmes de los guardias, ni el sonido metálico de las armaduras: parecía que los pasos eran únicamente de una persona. Los centinelas siempre iban en parejas para patrullar la ciudad. La persona que se acercaba tenía un andar pesado, como si moverse le supusiera un gran esfuerzo. A cada paso, lanzaba un resuello escalofriante.

De pronto se oyó el chillido de un gato. Una sombra pasó ante ellos a toda velocidad. A Raffaele le dio la sensación de que el gato huía para salvar la vida. Intentó quitarse semejante idea de la cabeza. ¡Era absurda!

El resuello se oía justo delante de ellos. Raffaele se pegó al muro con la esperanza de no ser visto.

Contuvo la respiración.

De la oscuridad surgió una sombra y se quedó parada a la entrada de la callejuela. A Raffaele le hubiera bastado alargar la mano para tocarla.

Sintió cómo la mano temblorosa de Sofía le apretaba el brazo. Lentamente, la silueta se dio la vuelta hasta quedar frente a ellos. Raffaele apenas podía respirar. Aquellos ojos... ¡no eran los de un ser humano!

Brillaban blancos y refulgentes, como dos espejos que reflejaban la luz.

«¡No nos puede ver!», trató de convencerse Raffaele. Sofía y él estaban perfectamente escondidos. Aun así, no conseguía quitarse la sensación de que aquellos ojos cortaban la oscuridad como dos cuchillos y le observaban.

La sombra dio un paso más hacia ellos.

«¿Y si nos puede ver?». El corazón le palpitaba tan rápido que Raffaele creía que le iba a estallar en el pecho. Las uñas de Sofía estaban clavadas en su brazo.

—Dandolo —susurró ella con voz entrecortada—, ¡el espíritu del dux ciego!

«Madre mía, tiene razón», pensó Raffaele, presa del pánico. Todo el mundo en Venecia conocía la leyenda del espíritu del dux ciego. Su alma no podía encontrar la paz porque tenía las manos manchadas con la sangre de inocentes. Hacía más de cuatrocientos años, el dux Enrico Dandolo había conducido una flota a las cruzadas en Tierra Santa. Miles de soldados venecianos se habían unido a la divina misión, tras la que se les prometía el perdón de todos sus pecados. Dandolo consiguió convencer a sus hombres de que asaltarán la ciudad cristiana de Zara con el fin de extender el poder de Venecia. Saquearon, quemaron y mataron en nombre de la cruz. Por esta acción criminal, el papa Inocencio III los excomulgó: en vez de perdón, a Dandolo y a sus hombres solo los esperaba la condenación eterna. Se decía que, desde entonces, siempre que la *Serenissima*, como se conocía también a la majestuosa Venecia, estaba en peligro, el espíritu de Dandolo era visto vagando por sus calles.

–Déjenos... Déjenos en paz –tartamudeó Raffaele. Tenía la sensación de que no podía aguantar aquella fría mirada ni un segundo más sin perder la cabeza–. ¡Váyase!

La sombra le ignoró. Se inclinó hacia él. Un olor agrio a vino envolvió a Raffaele. El hombre masculló algo, pero su voz estaba tan rota que el chico apenas podía entender lo que decía.

–La *Serenissima*... en peligro... –fue todo lo que pudo distinguir.  
–¿Es usted... el espíritu del dux ciego? –consiguió articular Raffaele.

Durante un momento se hizo un silencio sepulcral. Raffaele solo oía palpar su corazón. Entonces, el hombre empezó a reír a carcajadas.

–¿A que soy un Dandolo fantástico? –exclamó contento. Tenía la lengua trabada por el alcohol–. ¡Gracias, venerado público, este ha sido el último espectáculo de la noche! –se inclinó frente a los niños, apoyándose en el muro para no caerse.

Incrédulo, Raffaele se restregó los ojos. ¿Habían caído en la trampa de un actor? De pronto, se acordó de un grupo de actores

que habían visto ese día interpretando leyendas venecianas en el campo San Polo. Ahora, más de cerca, ni siquiera los ojos parecían tan inquietantes. El hombre había pintado la zona alrededor de estos de blanco, para que brillase a la luz de la luna.

El actor bebió un trago de la botella que tenía oculta bajo el manto.

–A esta hora, a los niños no se les ha perdido nada por la calle –dijo–. Puede ser peligroso. ¡Nunca se sabe con quién se puede encontrar uno por estas callejas! –bebió otro trago antes de tapar la botella–. El espíritu del dux ciego se pone en camino para dormir la mona –susurró, y volvió a guardarse la botella bajo el manto.

Sin decir una palabra más, se alejó, pero el eco de su risa continuó resonando en la calle durante largo rato.

–¡Pero qué miedica eres! –se burló Sofía.

Apartó las manos abruptamente. Los brazos de Raffaele tenían marcas rojas donde momentos antes ella le había clavado las uñas del miedo que tenía.

–¿Yo? –respondió, incrédulo–. Tú eres la que dijo que era el espíritu de Dandolo.

–¡Pero no lo decía en serio! –afirmó ella, indignada–. Yo sabía desde el principio que no era un espíritu de verdad.

Raffaele suspiró y movió la cabeza. Conocía a Sofía lo suficientemente bien como para saber que no tenía sentido contradecirla. Jamás admitiría que también había caído en la trampa del actor.

Se consoló pensando que quizá podría usar este encuentro para una de sus historias. Todo lo que le parecía interesante o le fascinaba lo apuntaba. Las innumerables páginas escritas que escondía bajo una baldosa suelta en su cuarto eran su tesoro particular. Nadie, ni siquiera sus padres o Sofía, sabía de su existencia.

Ella se levantó:

–¡Venga, vámonos!

Raffaele la miró, aturdido:

–¿Ahora? ¡Pero si todavía es de noche!

–No por mucho tiempo.

En los últimos minutos había clareado bastante. Raffaele miró al cielo nocturno, que se cernía sobre ellos como una anguila entre las estrechas calles. Las estrellas palidecían, la oscuridad del cielo se aclaraba.

–¡Vamos a la plaza de San Marcos a ver salir el sol! –dijo Sofía en un tono que no admitía réplica.

–La piazza está al otro lado de la ciudad –gimió Raffaele–. Tardaremos una eternidad en llegar.

Se sentía cansado y estaba deshecho tras dormir sobre el duro suelo.

–¡Pero merece la pena! Cuando los primeros rayos de sol caen sobre el león de San Marcos y el sol de la mañana hace resplandecer su melena, se puede oír su profundo rugido.

La estatua del león de San Marcos, el símbolo de la ciudad, se encontraba sobre una enorme columna de granito que daba al Gran Canal, el más grande de Venecia. Raffaele adoraba aquel león alado. El animal dominaba tan majestuoso y noble la ciudad, que el chico tenía la sensación de que parte de esa fuerza pasaba a él cuando estaba el tiempo suficiente a sus pies.

–¿En serio? ¿Se oye su rugido? –preguntó, entusiasmado. Al momento se arrepintió de su reacción. ¡Cómo iba a ser verdadera la historia de Sofía! No obstante, nunca había visto un león de verdad, y la idea de oír el rugido le daba escalofríos...

Raffaele se levantó. A pesar del frío, se quitó la chaqueta con el símbolo que le identificaba como judío y se la colocó bajo el brazo.

–Pues venga, ¡vamos a la piazza!

Corrían silenciosamente por las callejuelas, se escondían en portales y se asomaban en cada esquina antes de aventurarse a cruzar un espacio abierto. A Raffaele, la ciudad le recordaba a veces a la cara de una anciana, recubierta de arrugas aquí y allá. De la misma forma se bifurcaban las callejas y los callejones por

Venecia. La mayoría de los viajeros se perdían en aquel caos de calles, y por la noche se solía oír el salpicar del agua y las maldiciones de la gente que se caía por girar en la esquina equivocada.

—No se ve a ningún guardia sobre el puente de Rialto —le susurró Sofía por encima del hombro.

Avanzó agachada, la cara enrojecida por los nervios. Para ella, aquello era como un juego, pero para Raffaele iba muy en serio. Sus ojos captaban el más mínimo movimiento, aunque se tratase de una simple rata en los canales. Sentía una presión desagradable en la tripa que le recordaba lo peligroso de su propósito. ¡Hubiera sido más inteligente esperar a la luz del día en su escondite!

Sin querer, se acordó de su padre. Le había prohibido encontrarse con la niña traviesa y contestataria del orfanato. Pero Sofía desbordaba de ideas y locas ocurrencias, y Raffaele disfrutaba hasta el último segundo que pasaba con ella. Con su pelo despeinado, la piel morena y los ojos verdes brillantes, era muy distinta de las demás niñas que conocía. Pero a lo mejor tenía razón su padre cuando decía que no le traería más que desgracias.

Se colaron por un pequeño pasaje a un espacio abierto. La brisa marina acariciaba la cara de Raffaele. Frente a ellos se extendía la plaza de San Marcos. Como siempre, la vista lo dejó paralizado un momento. A la tenue luz del amanecer, reconocía la sombra del *campanile*, el campanario de más de doscientos metros de altura, las cúpulas de la basílica, el palacio del Dux justo detrás y los mástiles de los numerosos buques mercantes anclados en el puerto del Gran Canal. Lo que más le llamaba la atención, tras haber caminado entre las altas y apiñadas casas del casco antiguo, era la magnitud de la plaza, perceptible incluso ahora, en la semioscuridad. Raffaele se detuvo, encantado. Nunca antes había visto la plaza de San Marcos a esa hora. El cielo, todavía azul oscuro, se extendía como una cúpula divina sobre la *piazza*, y las estrellas de la noche se despedían de este lugar tan bello con un último centelleo. Al aspirar el aire impregnado del olor a sal y algas, se vio invadido por una sensación de absoluta libertad.

Esa sensación se desvaneció en cuanto Sofia le condujo apresuradamente a la sede administrativa de los procuradores, y se acordó de que debía ser precavido. El majestuoso edificio, denominado *Procuratie Vecchie*, poseía una larga galería de columnas en la que encontraron refugio.

Se escondieron detrás de una de ellas y se asomaron discretamente hacia el centro de la plaza. A pesar de lo temprano que era, ya había algunos comerciantes montando sus puestos para vender frutas, verduras, pescado y pollo, especias y frutas confitadas. La mayoría de ellos se habían juntado en el centro de la plaza y mantenían una acalorada discusión con dos guardias. Uno de ellos parecía todavía muy joven, a juzgar por su alta y desgarbada figura, que apenas llegaba a llenar su peto. El otro, por el contrario, tenía un físico imponente. Se erguía orgulloso por encima de los mercaderes, con la mano en la empuñadura de la espada. Al verlos, el corazón de Raffaele dio un vuelco tal que el chico pensó que los guardias tenían que haberlo oído.

—... un chillido terrible. ¡En mitad de la noche! —el niño pudo distinguir la voz de un vendedor con el pelo canoso—. Mi mujer se asustó tanto que ya no había quien la calmara. ¡No paraba de repetir que había sido el mismísimo diablo!

Algunos de los hombres soltaron una carcajada, pero parecían sorprendentemente tensos y nerviosos. El mayor de los guardias calmó la situación con un ademán:

—Posiblemente haya sido nuestra gente, que había capturado a un ladrón o atacado a un borracho. Si esta noche se hubiera visto algo de lo que preocuparse, sin duda nos hubieran avisado.

Pero el mercader que estaba ante él, un hombre calvo con un jubón marrón oscuro, movió la cabeza.

—Yo también oí el grito —repuso—. Verdaderamente, era inquietante. Cuando lo pienso, todavía se me pone la piel de gallina.

Una mujer que había permanecido callada hasta entonces tomó la palabra. Estaba tan pálida que brillaba como la luna en el crepúsculo.

–Yo vivo a la vuelta de la esquina y lo oí todo.

Todos los hombres se volvieron hacia ella. Hasta los guardias tenían curiosidad.

–El hombre no solamente gritó... ¡sino que además maldijo a Venecia! –su voz temblaba de agitación–. La *Serenissima* se hundirá, será víctima de la peste y las desgracias hasta que no sea más que una sombra de su gloria anterior.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Raffaele. ¿Quién podría odiar tanto a Venecia como para maldecirla de tal forma? Todo el mundo que pisaba la ciudad quedaba preso de su magia. Incluso los pocos que no la amaban de corazón reconocían y respetaban su singularidad. ¡Un veneciano nunca podría haber lanzado una maldición tan terrible!

–El hombre hablaba como si estuviera fuera de sí, con tanto ímpetu que yo ya veía hundirse nuestra amada ciudad –continuó la mujer tras una incómoda pausa–. Estas fueron sus últimas palabras: «El fin de Venecia habrá llegado cuando sus hijos la abandonen como las ratas de un barco que se hunde. Entonces la ciudad será engullida por el mar».

Algunos de los comerciantes suspiraron, preocupados, mientras otros se mantenían callados, afectados por lo que acababan de oír. ¿No era ese el mayor miedo de todos los habitantes de Venecia? Cada casa que se desplomaba en el canal, cada calleja que quedaba inundada por las subidas, era un recordatorio a los habitantes de la fragilidad de su ciudad. Como guerreros, habían invadido un medio extraño al construirla sobre el mar. ¿No era posible que algún día este recuperase lo que le había sido arrebatado? Pero nadie se había atrevido nunca a expresar estos temores en alto.

–¡Vaya tonterías que gritan los borrachos! –el guardia sonrió con aire tranquilizador y se dirigió a la mujer–. Usted misma lo ha dicho: estaba fuera de sí. ¡Un loco! Posiblemente ya esté encerrado en la cárcel, el pobre –dio una palmada–. Bien, basta ya de tanta charlatanería. ¡Volved al trabajo!

El grupo se dispersó y los soldados reanudaron tranquilamente su ronda.

Raffaele se apoyó contra la fría piedra. ¿Una maldición sobre Venecia? No, eso era inimaginable. El guardia posiblemente tenía razón cuando decía que se trataba de algún loco.

—¡Raffaele, fijate! —la voz de Sofía le sacó de sus pensamientos. La niña todavía observaba a los comerciantes y mordisqueaba, pensativa, un mechón de su melena negra—. ¡Ese vendedor ha dejado sobre la mesa una bolsita llena de dinero!

Raffaele tardó un momento en comprender lo que quería decir.

—¿No estarás pensando en robarla?

Sofía se encogió de hombros y le miró inocentemente:

—¿Y qué más daría? Al contrario que nosotros, él seguro que tiene suficiente dinero. Podríamos comprar algo de comida.

Señaló un puesto que se encontraba cerca de ellos. Raffaele reconoció al hombre calvo del jubón marrón que había llevado la contraria al guardia. Estaba concentrado organizando su mercancía y apartando la fruta pasada. Su portamonedas estaba a un par de pasos sobre una mesita. El aspecto desaliñado del hombre y su diminuto puesto no le hacían parecer alguien que tuviera dinero de sobra.

Tragó saliva. Era muy distinto birlar alguna chuchería en un puesto, como lo habían hecho la noche anterior durante el festival, pero dinero... Todo su ser se rebelaba contra la idea. ¡No quería convertirse en un ladrón!

Intentó disuadir a Sofía:

—Seguro que nos pilla. ¡Además, no tengo hambre!

—Tú quizá no, pero yo tengo que ser previsora. Las comidas no son especialmente abundantes en el orfanato.

Raffaele calló. Sabía que Sofía lo pasaba mal en el orfanato y que allí nadie se preocupaba por ella. Él, por el contrario, tenía padres que le cuidaban y, aunque no tenían mucho dinero, nunca se iba a la cama con el estómago vacío.

Sofía se cruzó de brazos.

–¡No seas aguafiestas! –comenzaba a impacientarse–. ¿No te estabas quejando hace unas horas de lo mucho que te molestaban las estrictas normas de tu padre?

–¡Pero solo porque me ha prohibido jugar contigo!

–Venga, vamos. Para cuando el vendedor lo note, ya estaremos lejos. Confía en mí: conozco cada rincón, cada escondrijo, cada pasadizo por el que ningún adulto podría pasar. Seguro que no nos pilla. ¿O es que tienes miedo?

Raffaele bajó la mirada con tristeza.

–No, no lo tengo –pero su voz no sonó ni la mitad de convincente de lo que hubiera deseado–. Pero aun así no lo quiero hacer.

Enfadada, frunció el ceño.

–¡Bueno, pues entonces no robamos la bolsa! –le dio la espalda y comenzó a mirar los puestos, malhumorada.

Raffaele suspiró. Debería haber imaginado que Sofía se lo iba a tomar mal. De todas formas, estaba aliviado de que se hubiera dejado convencer tan fácilmente.

–¡Por favor, Sofía, no te enfades! Si en realidad estamos aquí para ver salir el sol –le recordó–. ¡Será de un momento a otro!

Ella se volvió, sonriente.

–Vale, entonces vamos a la columna del león de San Marcos.

Raffaele le sonrió, agradecido, y comenzó a dirigirse al palacio del Dux, pero Sofía le agarró del brazo.

–Espera un momento –le dijo–. Voy a robar una manzana para desayunar. ¡No te preocupes, eso no lo nota nadie!

Raffaele asintió, consternado. Tenía que haber imaginado que la niña no iba a dejarle salirse con la suya así como así. Pero si se empeñaba en hurtar algo, una manzana era mil veces mejor que el dinero.

–¡Vale, te espero aquí!

Con una sonrisa pícaro, Sofía se dio la vuelta y se deslizó sigilosamente, como un gato, entre los puestos.

Raffaele se apoyó en una de las columnas. El frío se colaba por su camisa de algodón y le hacía tiritar. Paseó la mirada por la

plaza del mercado. El cielo ya mostraba el blanco grisáceo de la mañana. Si Sofía no regresaba pronto, no llegarían a tiempo a la estatua. De todas formas, eso también significaba que dentro de poco terminaría el toque de queda y podría ponerse la chaqueta tranquilamente.

¿Dónde se había metido su amiga? Se apartó de la columna y la buscó con la mirada. No se veía ni rastro de la niña ni de su vestido rojo. Tuvo un mal presentimiento. Se aventuró hacia la plaza. Sofía tendría que haber vuelto ya...

Le sobresaltó una voz enfurecida:

–¡Guardias! ¡Guardias!

Sofía corría a toda prisa hacia él. En una mano llevaba una manzana, en la otra tenía agarrada una bolsita de cuero. ¡El dinero del mercader!

El vendedor, a pesar de su respiración jadeante, le pisaba los talones. Sofía pasó al lado de Raffaele y le lanzó la manzana, que él atrapó sin pensar. Ágil como una liebre, la niña desapareció con la bolsita por la calleja por la que habían venido.

–¡Ladrón asqueroso!

Raffaele tardó un momento en darse cuenta de que le estaba hablando a él. Sin comprender, miró al mercader, que se acercaba. Entonces vio la manzana. ¡Debía de tenerle por cómplice de Sofía!

Asustado, dejó caer la fruta, se dio la vuelta y salió huyendo. La fina suela de sus botas hacía mucho ruido contra el pavimento de la plaza.

Pero había perdido unos segundos cruciales. Ya podía sentir en su hombro izquierdo los dedos del comerciante, que intentaba agarrarlo. Corrió a la derecha... y no se dio cuenta del error hasta que fue demasiado tarde. En vez de tratar de desaparecer entre los callejones como había hecho Sofía, ahora se dirigía a la entrada de la basílica: a todas luces, una trampa.

También el mercader se percató de esto y soltó un grito de triunfo, mientras le seguía con renovada fuerza. Raffaele se mor-

dió el labio y corrió más rápido que nunca. Sorteó ágilmente un montón de planchas de madera para la obra de la *Procuratie Nuove*.

¡Claro! ¡Las obras eran su última esperanza!

Giró abruptamente y voló por la barrera hacia la estructura de lo que pronto sería la segunda sede de la delegación de las autoridades venecianas.

Los muros sin terminar se alzaban hacia el cielo, y los huecos para las ventanas daban la impresión de mirar adormilados hacia la plaza. Raffaele se deslizó entre los montones de arena y grava, los bloques de piedra cuidadosamente colocados y más planchas de madera. Estaba prohibido penetrar en el solar, pero ya no tenía nada que perder. Se adentró en el edificio justo cuando la campana de la Marangona anunciaba la salida del sol. A pesar de que la barrera estaba levantada, eso no mejoraba la situación en la que se encontraba.

Oyó los insultos del mercader a su espalda. Esta jugada no se la había esperado. Raffaele se permitió una fugaz sonrisa.

La luz matutina todavía no llegaba a alumbrar el interior del enorme edificio. Tuvo que frenar un momento para que sus ojos pudiesen reconocer los obstáculos entre las sombras. La estructura de vigas y postes le recordaba al interior de una ballena. Fue avanzando a tientas en busca de un escondite apropiado. El mercader tendría que volver pronto a su puesto y no se tomaría la molestia de buscarle en aquel amplio espacio. Entonces solo tendría que esperar a que el mercado se llenase de funcionarios, nobles, banqueros, viajeros y marineros para poder pasar inadvertido entre la masa. ¡Si pudiera irse ya a casa! Raffaele decidió que si salía de aquella aventura sano y salvo, nunca más desobedecería las órdenes de su padre.

A la entrada del edificio se oyó un estruendo, seguido por un grito de dolor del mercader. Raffaele maldijo su obstinación. ¡Tenía que encontrar un escondite enseguida! Se abrió paso apresuradamente entre las columnas y llegó al otro lado del edificio.

Allí chocó con una estatua. Supuso que representaba a un médico por la máscara que le cubría la cara, visible en la oscuridad. Posiblemente estaba allí para recordar la gran epidemia de peste que había asolado Venecia en el último siglo. Sus padres le habían contado que los médicos quemaban hierbas dentro de esas máscaras, parecidas a los picos de las rapaces, para protegerse del contagio. La estatua le producía escalofríos, pero no tenía más salida que agazaparse en su sombra.

–¡Sé que estás aquí, chico! –resonaba la voz del hombre en el edificio vacío–. ¡Devuélveme ahora mismo el dinero!

El corazón de Raffaele latía desbocado. La voz estaba más cerca de lo que se había imaginado. Tenso, contuvo la respiración para que ningún movimiento le delatase.

–¡Ven aquí, ladrón asqueroso!

Los pasos se acercaron al escondite y se detuvieron.

–Qué estatua más horrenda –murmuró el vendedor–. ¿Para esto pago yo impuestos?

Raffaele se agazapó aún más entre las sombras de la efigie. Temblaba presa del pánico como si en su cuerpo se estuviese produciendo un terremoto. Tenía la sensación de que se ahogaba y su respiración era cada vez más entrecortada.

Tras un rato que le pareció una eternidad, los pasos, por fin, se alejaron.

Raffaele esperó unos minutos para asegurarse, pero el mercader había desaparecido. El solar estaba sumido en el silencio. Suspiró aliviado. ¡El vendedor se había rendido!

Se apartó de la estatua, apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos. Poco a poco, comenzó a relajarse. Solo tenía que esperar allí un rato más. Con un poco de suerte, volvería a estar pronto en casa. ¿Por qué le había hecho esto Sofía? ¡Tenía que imaginarse las dificultades en las que le iba a meter! Empezó a enfurecerse. ¡Cuando la volviera a ver, se iba a enterar!

De pronto, oyó otro ruido. No eran los pasos del vendedor, sonaba más bien como... un crujido de piedras. Raffaele miró

a su alrededor. No veía nada. Todo estaba igual que antes. Pero, aterrado, dio un paso atrás.

¡La estatua había girado la cabeza!

La punta de la máscara estaba dirigida como un dedo hacia él, y en la oscuridad distinguía los fríos ojos mirándole fijamente.

Sintió que el miedo lo helaba por dentro y lo entumecía. Retrocedió tambaleándose y perdió el equilibrio.

A lo mejor no era una estatua... Raffaele trató de explicarse lo que veía. Posiblemente fuese un hombre enmascarado y envuelto en una capa que había permanecido inmóvil todo este tiempo... ¡Pero él había sentido la dureza de la piedra!

No cabía duda: la estatua vivía. Raffaele vio cómo alzaba la mano y se inclinaba hacia él. La apoyó en su hombro.

—Tan lleno de miedo, tan dominado por el temor... Y sin embargo, un corazón tan puro —graznó. La voz le puso a Raffaele la piel de gallina. Sonaba como si saliera de una profunda cueva.

El ser miró de lado a Raffaele.

—¿Serás tú la primera víctima de la maldición? —un sonido gutural salió de detrás de la máscara. El niño quiso alejarse, pero la criatura lo tenía firmemente agarrado por el hombro.

—¿Es... es usted el hombre que ha maldecido a Venecia?

—¿Yo? Oh, no —el ser movió la cabeza—. ¡Yo soy la maldición!

Desconcertado, Raffaele miró la cara cubierta por la máscara. Las palabras sonaban demasiado increíbles, demasiado ajenas a la realidad como para creerlas. Pero al mismo tiempo notaba que el ser no estaba hecho de carne y hueso. Que no era una *persona*.

Gimió. Su hombro, el que la estatua tenía agarrado, empezaba a dolerle. La mano parecía humana, con cinco dedos, pero el chico notaba cómo le perforaban como garras.

El ser se inclinó aún más hacia Raffaele, hasta que la máscara le rozó el cuello.

—Tan inocente, tan puro, tan lleno de miedo... —murmuró la estatua mientras aspiraba el olor del niño—. Llevo mucho tiempo atrapado en mi mundo. Estoy tan hambriento...

Aflojó la mano y liberó el hombro. Raffaele se dio cuenta de que el monstruo se disponía a agarrarle por el cuello. Reaccionó instintivamente. En la fracción de segundo en que se encontró libre, pegó un salto, giró y echó a correr tan rápido como pudo.

¡Tenía que conseguir ayuda! Tenía que avisar a los demás. Únicamente los guardias podrían protegerlos a él y a Venecia de ese ser.

A toda velocidad, sorteó el andamiaje y las vigas y patinó sobre la arena, pero consiguió recuperar el equilibrio. Si chocaba contra uno de los obstáculos, estaba perdido. La salida parecía estar todavía tan lejos... Miró por encima del hombro. ¡La criatura estaba muy cerca! Le seguía con pasos tranquilos y lentos, pero la distancia entre ambos se reducía.

Empezó a tener retortijones. Los ignoró y siguió corriendo desesperadamente. ¡Ahí, como una aparición, estaba la salida! Solo un par de pasos más y lo habría conseguido. Ya creía sentir de nuevo las garras de la estatua sobre sus hombros.

Con un último impulso, dio un salto y salió a la luz.

—¡Ayuda! Ayu...

No terminó de hablar. La plaza del mercado estaba vacía. ¡Pero no podía ser! ¡A esa hora! Raffaele se frotó los ojos. Debía de estar perdiendo el juicio, no había otra explicación.

Se recuperó y miró a su alrededor. Ningún guardia, ningún funcionario, ningún comprador regateando con los comerciantes por el precio de un trozo de carne: todo estaba desierto a su alrededor. Ni siquiera había rastro del mercader calvo que le había estado siguiendo.

Rápidamente, se dirigió a la salida de las obras. ¡La criatura no le había seguido al exterior! Raffaele podía distinguir el brillo maligno de sus ojos entre las sombras. Sin perderlo de vista, se fue alejando. Únicamente cuando llegó a la mitad de la plaza se atrevió a darse la vuelta. Ahora podía oír el murmullo del gentío cerca del palacio del Dux. Giró en el *Campanile* a la derecha y se vio envuelto por una muchedumbre nerviosa. Todas las caras estaban

dirigidas a las columnas de granito. En la de la izquierda estaba el león alado; en la de la derecha, la imagen de san Teodoro. Raffaele se puso de puntillas, pero no podía distinguir nada entre el mar de cabezas. ¿Qué estaba pasando?

En la primera fila vio al guardia mayor. ¡Raffaele tenía que llegar a él! Le daba igual el riesgo de que le descubriera el mercader calvo. Le podían arrestar. A Raffaele, ahora solo le importaba una cosa: ¡tenía que prevenir a alguien sobre esa criatura!

Fue avanzando entre la masa. La gente le empujaba o le golpeaba el hombro herido. Se le saltaban las lágrimas de dolor.

–¡... sin un juicio legal, sin un veredicto público! –oyó mientras pasaba–. El Consejo lo recogió ayer y le ha juzgado durante la noche.

Raffaele frunció el ceño. Debía de tratarse de algo serio si tenía alguna relación con el Consejo de los Diez. Todo el mundo tenía miedo de esa institución. Por todas partes pululaban sus espías, y si pensaban que alguien podía ser una amenaza para Venecia, lo detenían inmediatamente.

–Así que no era un loco el que gritaba por la noche, como decía el guardia. Si ya lo sabía yo: esos gritos solo los da alguien muerto de miedo –era la señora de cara redonda a la que Raffaele estaba sorteando ahora–. ¿Sabes quiénes son esos dos? –preguntó a un anciano.

–Uno de ellos se supone que es un banquero de Florencia que vivía aquí, en Venecia –respondió este–. Pero no me lo creo. Ni siquiera el Consejo de los Diez se atrevería a meterse con la nobleza.

Por fin llegó a la primera fila. Miró a su alrededor. ¡Había perdido de vista al guardia! Al rato lo encontró: estaba agachado ante un hombre arrodillado que no paraba de temblar.

–¡Bartolomeo, tranquilícese!

El hombre, sollozando, miró al vigilante.

–¡Es por mi culpa! Su muerte es solamente culpa mía. Si hubiera... –calló un momento–. Ese maldito libro...

–¡Rápido, tiene que venir conmigo! –gritó Raffaele–. En el solar de la *Procuratie Nuove* hay una estatua que ha revivido y me ha atacado.

Tiró del brazo del guardia, pero este no se movió. Primero miró a Raffaele, incrédulo, y después se puso muy serio.

–¡Lárgate, chico! No tengo tiempo para esas estupideces –le repuso.

–Mire, la estatua me ha herido –Raffaele señaló su camisa manchada de sangre y notó que sus manos temblaban debido a los nervios–. Esa criatura ha dicho que es la maldición que se ha lanzado esta noche sobre Venecia. ¡Es peligrosa! Tienen que luchar contra ella, detenerla, aniquilarla...

Su voz se volvió un ronco susurro.

De pronto se dio cuenta de lo increíble y absurdo que debía de sonar lo que decía.

–¡Ahórrame tus estúpidos cuentos! –repuso el guardia–. ¿Qué clase de padres tienes que no te han enseñado a respetar a los muertos?

Fijó la mirada en algo que estaba justo detrás de Raffaele. El niño se dio la vuelta lentamente. Nunca hubiera imaginado que, después de los sucesos de la noche, algo le pudiera sorprender todavía. Pero se equivocaba.

Había centrado toda su atención en el guardia y no se había fijado en nada más. Entre las dos columnas de granito, en el mismo lugar en el que Sofía y él habían querido ver la salida del sol, había ahora dos cuerpos inertes. Como animales en el matadero, estaban suspendidos por los talones, los ojos entornados con una mirada de terror. Tenían la boca abierta, como si gritasen. Raffaele se dio cuenta de que les habían metido trapos dentro precisamente para evitarlo. De esa forma eran juzgados los traidores.

Dio un paso atrás. Ahora estaba claro por qué se había congregado tanta gente allí. El Consejo de los Diez había organizado esa ejecución de forma secreta durante la noche. Nunca había pasado una cosa así. ¿Qué habían podido hacer esos hom-

bres para que se ignorasen todas las leyes? Y no solamente eso: la ropa desgarrada y las quemaduras indicaban que habían sido torturados antes de morir. El aspecto del hombre ante el que Bartolomeo estaba arrodillado era especialmente terrible. Llevaba la vestimenta elegante de un noble, pero su cara estaba tan demacrada, con los ojos tan hundidos, que parecía no haber comido nada en semanas. Aunque estaba tapada por una maraña de pelos, Raffaele podía reconocer una expresión de profundo odio y amargura.

La maldición nocturna, la criatura de la máscara y la ejecución secreta... El niño se preguntaba si no tendrían alguna relación. Afligido, miró al suelo. Posiblemente, nunca conocería la respuesta. De lo único de lo que estaba seguro era de que el ser que se había encontrado en la *Procuratie Nuove* era peligroso.

Echó una última mirada al guardia, que había vuelto a dirigir su atención al hombre desesperado a los pies de los muertos. Sabía que el soldado nunca le creería. Nadie le creería jamás, y no había nada que pudiera hacer para cambiarlo.

Notó cómo una mano menuda y pegajosa agarraba la suya.

—¡Vámonos! Te llevaré a casa.

La miró atónito. ¡Sofía!

Se acordó de que en realidad tendría que estar enfadado. Después de lo que le había hecho, tenía razones más que suficientes para estar furioso. Pero se limitó a asentir con la cabeza. Se sentía muy cansado y le invadía el agotamiento. Se dejó guiar por Sofía entre la multitud e iniciaron el camino de vuelta a casa, donde sus padres le esperaban, muy preocupados. Naturalmente, ellos tampoco creyeron su historia.

Pasaría todavía mucho tiempo antes de que llegara a Venecia alguien que diera crédito a la experiencia de Raffaele Clementoni y tratara de resolver los enigmas de aquella noche...

